

El coleccionista de historias

PEDRO M. DOMENE

Antonio Pereira viene seleccionando desde hace cuarenta años los episodios y toda una galería de personajes que conforman su diario vivir, o mejor dicho, el vivir de muchos de los seres que han quedado grabados en su memoria. Es la suya una mirada alrededor, transmitida con esa hondura que es propia en la visión descriptiva de una serie de escritores de raza, maestros en el arte del relato breve y que, en los últimos cincuenta años, nos traen el recuerdo de los nombres de Fraile, Aldecoa o Fernández Santos, entre otros: Su propuesta narrativa desde *Una ventana a la carretera* (1967) parte de un realismo al uso donde la sencillez de la prosa sólo se ve confundida por esa tendencia del escritor leonés a los silencios y al arte de la sugerencia de muchos de sus relatos. Pero también la ironía y humor conforman el mundo de este narrador, cuyo segundo libro de relatos, *El ingeniero Balboa y otras historias civiles* (1976) supuso la constatación de un arte narrativo singular, porque en el conjunto de estas narraciones cortas, cuatro en total, ofrecía una mayor tensión entre los aspectos formales de su narrativa anterior y donde el mundo mercantil y comercial, proponía mejores aspectos para ampliar, además, su mundo particular hacia geografías distintas; también, el dominio de la voz -según ha llegado a manifestar el autor- equilibraba mejor todo lo que se cuenta en estas historias. Aparece, por primera vez, en sus cuentos la conciencia de un narrador que ordena y desordena los recuerdos de un pasado para contrastar los saltos obvios, que nos ofrece la memoria.

Pereira, que conoce muy bien el mundo, sabe que lo imprevisible puede encontrarse en todo lo que nos rodea, en los grandes acontecimientos y en las pequeñas cosas cotidianas como así lo recogen algunos de sus cuentos más significativos, *Los brazos de la i griega* o *El ingeniero Démencour*; el primero dará título a una nueva colección publicada en 1982. Otro de los temas que encontramos en su cuentística es el erotismo, pero se trata de un erotismo al que se llega a través del ingenio y del humor, además del tratamiento de una singular sutileza cuya máxima expresión se concretiza en variados artificios que le son sugeridos al lector, como el tono de la voz, las emociones, el lenguaje del cuerpo o la imaginación hasta llegar a esa sublimación que se requiere para un tema tan explícito; buenos ejemplos, *Palabras, palabras para una rusa*, *El caso Tiroleone* o *Las peras de Dios*, y de forma mucho más explícita, *Visita impía del Gulbenkian*, donde se cuenta la contemplación de una estatua que en el narrador provoca unos golpes de imaginación que se

entrecruzan con esa otra visión de una visitante y pone de manifiesto, el poder de la imaginación capaz de cualquier cosa. *El síndrome de Estocolmo* (1988), *Cuentos para lectores cómplices* (1989), *Picassos en el desván* (1991) y *Las ciudades de Poniente* (1994), casi un centenar de cuentos más que redondean la obra cuentística del escritor berciano.

En *Me gusta contar. Selección personal de relatos* (1999), Antonio Pereira ha escogido sesenta y siete cuentos de sus siete libros publicados, además de añadir algunos aparecidos anteriormente en periódicos y revistas. El resultado, esa extraordinaria variedad de técnicas y temas que hemos venido anotando, el arte de la sugerencia, tan efectista como socorrida.

En un breve prólogo el autor, además de la justificación de toda una vida y una obra, nos ofrece un decálogo particular para escribir un cuento, desde esa idea inicial de tener una historia que contar, pasando por cuidar su comienzo, elegir palabras sencillas, actuar con la voz, fingir dudas, y propio el hecho de ser cordial y amistoso frente a la actitud altanera del novelista.

En estos textos encontramos una sintaxis excesivamente complicada que se refuerza con una fraseología culta, pero mezclada, eso sí, con abundantes giros populares de extraordinaria efectividad; la amplia variedad de recursos empleados, los desenlaces inesperados o sugeridos que, de alguna manera, ponen de manifiesto el significado auténtico de lo que se ha querido narrar. Buen ejemplo, *Truman Capote cuenta un cuento*. Detalles y más detalles que configuran la atmósfera de la gran literatura que nos ofrece este singular escritor y que pone de manifiesto que, en muchos de los casos, se trata de una narración equilibrada en el sentido estricto de lo que en este país consideramos como cuento, aquel género intermedio entre la poesía y la novela, henchido de un matiz semipoético y seminovelístico que sólo es expresable en las dimensiones del cuento.